



CARLOS MARÍA HERRERA.

Los pintores del Museo Histórico

Carlos Herrera

Aunque Carlos María Herrera trató la pintura al óleo con singular maestría en el retrato y en el asunto histórico, en el que fijó afanosa dedicación, lo mismo que en sus composiciones pintoescas de sus días de aprendizaje, su figura artística se destaca entre todos los pintores nacionales, bien definida por la modalidad que le singularizara en su luminosa carrera de arte.

Especializado en ese procedimiento exquisito e ingenioso que se llama el pastel, impregnó toda su obra de un espíritu ligero e intensivo a la vez, propio de quien siente y ejecuta con admirable virtud, las gamas más delicadas y sutiles.

Estudiando su obra — no en su evolución — sino en sus esfuerzos, fácilmente se comprende que de continuo buscó fijar, con un trazo definitivo, fuera de los exteriores del modelo, la personalidad moral, infinitamente diversa y misteriosa de cada ser, revelada, ya en el instante efímero de una mirada, o en el rictus vago de una sonrisa.

Observador perspicaz del carácter físico, embelleció el tipo de sus mujeres, haciéndolas como debían ser, discretas o voluptuosas; y el de sus gauchos y soldados, preciso y de robusta virilidad. Sus retratos femeninos son expresión de refinada elegancia, plenos de gracia vaporosa como gloria amable y sonriente de vivir. Mujeres airozas, atraentes, de ensoñadora mirada que traduce un espíritu meditativo, o expone un alma sencilla, delicada y buena. Figuras brunas, figuras blondas, emergiendo siem-

pre nítidas de un fondo decorativo y poético, que la fantasía del artista se complacía en evocar...

Por eso muchos de sus estudios, apuntes de mujeres o de chicos, que no son retratos sino *maneras* de sentir, tratados con espontánea sinceridad y trasladados al papel al azar de su capricho, llevan un signo particular, sonriente y seductor, que anima sus facciones, imprimiéndoles por igual ese don especial del que la naturaleza se muestra tan esquiva: el carácter. Y ese carácter, repetido en casi toda su obra a modo de procedimiento, pero traducido por la potencia neta del dibujo y por la sutil finura del color, es lo que hace en Herrera la grandeza de su talento y la base de su gloria.

Para la crítica corriente, fué esto, tal vez, su mayor gran defecto.

Debatirse en medio a la vulgaridad, ser personal pintando como se siente, e interpretando con el alma el concepto del arte sin subordinarle a frías fórmulas de ecuación, no cabe en la mente de los profanos, ni en la de los soñadores de renombre. ¡Ser personal!... No de otro modo hallaréis grandes pintores. Descuidad siempre de las tendencias amaneradas y de la técnica de procedimientos, y jamás os preocupe si más de una vez el artista ha exigido más al trabajo que a la inspiración, la perfección de su obra.

Como retratista Herrera fué un valor de alta apreciación. Como pastelista, un gran maestro. Y si aún hoy se le restan méritos, llegará un día en que se valore en su justo nombre la notable colección de pasteles que nos ha dejado, y no será ya solamente a la sombra del campanario de la aldea donde se celebre la admiración que merece este grande artista.

Su modalidad le colocó dentro del academismo, y en la historia del arte nacional cierra el ciclo de la pintura clásica iniciada por Juan Manuel Blanes, con la que tiene grandes puntos de contacto.

Carlos María Herrera había nacido en Montevideo el 18 de Diciembre de 1875. Comenzó sus estudios de dibujo y pintura, bajo la dirección del viejo profesor italiano, don Pedro Queirolo. En 1895 se trasladó a Buenos Aires, ingresando en la Sociedad de Estímulo de Bellas Artes, obteniendo en esta institución su primer premio de dibujo, en 1896.

En Junio del año 1897, en mérito a sus revelantes condiciones artísticas, fué especialmente becado por nuestro Gobierno, por el término de dos años, en Europa. Radicado en Roma, continuó sus estudios con los artistas españoles Sánchez Barbudo y Mariano Barbasán Lagueruela, todo el tiempo de su pensión. Vuelto al país, ganó brillantemente por concurso su segunda beca, en Junio de 1902, pasando en seguida a España, donde permaneció tres años estudiando con Joaquín Sorolla y Bastida, regresando luego a Montevideo.

En 1905 fué socio fundador, y primer Director y alma máter del Círculo Fomento de Bellas Artes. Ocupaba por segunda vez este cargo, cuando le sorprendió la muerte, el día 28 de Marzo de 1914.



Su obra fué fecunda, y obtuvo con frecuencia señalados triunfos.

En la Exposición del Círculo de Bellas Artes, de Madrid, de 1903, obtuvo una "Mención Honorífica", y en el Salón, del mismo año, una "Medalla de Plata".

En la Exposición de Arte del Centenario Argentino (1910), fué declarado fuera de concurso y nombrado Miembro del Jurado Internacional.

Puede decirse que Herrera fué el retratista oficial de toda la sociedad uruguaya, y de gran parte de la sociedad argentina.

En el Museo de Bellas Artes, de Buenos Aires,

se conserva un hermoso óleo de gran formato, retrato de la señora "M. N. de H."; en el de Santiago de Chile, un "Tipo Criollo", al pastel, y en el Archivo y Museo Histórico Nacional, el retrato del doctor Claudio Williman (Galería de los Presidentes), y el del brigadier general José Rondeau, ambos al óleo; además, dos bocetos también al óleo; el uno, del caballo de "Artigas en la Meseta" y "Un Trompa de la Independencia", el otro.

En cuanto a su representación en nuestro Museo Nacional de Bellas Artes, exceptuando el cuadro histórico — su última obra — "La Mañana de Asencio", óleos y pasteles, son casi todos de su época de pensionado. En el salón de actos públicos del Palacio de Gobierno, figura su gran cuadro "Artigas en la Meseta del Hervidero". Parte del *plafond* del Teatro Solís, es obra suya.

Dejó esbozadas algunas telas de carácter histórico, entre ellas el "Congreso del Año XIII", y un retrato del General Artigas, que estaba destinado a figurar en el Palacio Legislativo.

Diógenes Héquet

Al historiar la vida artística de Ernesto Meissonier, Henri Roujon dice:

" Un día — no era ni en tiempo de guerra ni de maniobras — con una mañana de Julio en que el sol brillaba riosamente, un escuadrón de coraceros pasaba al galope, cerca de Poissy, sobre un magnífico campo de trigos maduros, a cuyo alrededor se extendían terrenos de inculto herbazal...
 " Cuando la tromba de caballos y hombres, hubo agostado, devastando, —cual meteoro centellante —los altos trigos dorados, había allí dos hombres que contemplaban este espectáculo, con evidente satisfacción, e interés no disimulado.



DIÓGENES HÉQUET.

“ El uno era alto, pequeño el otro. El alto era el coronel Dupressoir, que había mandado el movimiento. El otro, un anciano de piernas cortas, coloreada tez, larga y sedosa barba blanca, y de mirada singularmente expresiva, era el pintor Meissonier. A fuerza de instancias, y de indemnizaciones, había éste último llegado a sus deseos, obteniendo que la caballería pasase a través del campo, para estudiar, en seguida, del natural para un cuadro en obra, “1807”, cómo los trigos eran pisados y rotos por el cocear de una carga”...

He recordado esta anécdota, que por sí sola expresa el espíritu y el talento de aquel grande artista francés, porque aquí, también una mañana de Julio y bajo un cielo pletórico de luz, dos hombres de varonil silueta contemplaban desde la loma inculta de uno de nuestros cerros, una furiosa carga de caballería que se desarrollaba en el llano de la dilatada campiña... Uno de ellos era el general Vázquez, jefe del Estado Mayor del Ejército del Sur, en la campaña contra los revolucionarios de 1897. El otro, era el pintor Diógenes Héquet. Como Meissonier, este pintor nuestro cumplía sus deseos, pero desgraciadamente no sobre un campo de trigos maduros y delante un cuerpo de maniobras sino en el escenario triste y sangriento de la guerra civil. Para pintar motivos de historia militar, quiso presenciar una batalla, para no sacrificar su honestidad de artista; y, devoto en el respeto a la exactitud documentaria, y en el culto al trabajo, cifró en ello el secreto de todo lo que hizo.

Difícil e ilógico sería separar la biografía de este hombre de la historia de su obra, porque ambas están unidas íntimamente por la fuerza fatal de la vocación.

Enviado a París, por decisión paterna, en 1882,



VÁYANSE CON SUS AMIGOS LOS MATREROS.

cuando contaba escasamente diez y seis años (1), debía perfeccionar sus conocimientos de grabador en arte litográfico, poniéndose bajo la dirección del artista litógrafo y pintor Luis Tauzin. Pero su carácter independiente, hostil a la disciplina del taller le alejó de allí bien pronto.

Tenía la intuición de un arte superior. Instinto rudimentario de artista, que, sin ser precoz, había de desarrollarse por ser condición connatural en él.

Por consejo de su profesor Tauzin, ingresó, en 1884, en la Escuela de Bellas Artes del 14.º distrito de París, dirigida por Truphème, distinguiéndose bien pronto, alcanzando en tres años de curso una medalla de bronce, en 1884; una de plata, en 1885; y otra de oro, en 1886.

En estos momentos su vocación se definía. Le empujaba. Los episodios guerreros le atraían, y descoso de aplicarse en su estudio, abandonó la academia para pagar tributo a una escuela ya en decadencia, abordando el género militar, siguiendo la tendencia aquella en la que por más de medio siglo influenciara, — malgrado las divergencias de temperamentos — la fama de Ernesto Meissonier. Alfonso de Neuville o Eduardo Detail.

Es en el solar nativo donde he de seguirle ahora.

La dinastía artística de los Blanes tocaba a su fin, y ningún otro pintor nuestro parecía dispuesto a continuar por la patriótica senda emprendida por aquéllos, cuando el nombre de un adolescente, por todos, o de casi todos ignorado, surgió en el ambiente artístico con halagadora promesa. No era aún el dei pintor de historia que vendría después.

Si en 1887, Héquet exponía ya tipos militares sin tema ni objetivo, todavía eran motivos sueltos en

(1) Había nacido en Montevideo, el 26 de Septiembre de 1866.



LOS ORIENTALES EN MONTEVIDEO.

los que predominaba el amaneramiento y la minucia del detalle, como un resabio de su primera educación artística de litógrafo-grabador. Sin embargo, su mano se afirmaba, su dibujo se hacía más suelto y el pincel cedía a la espontaneidad. Luego, avanzando siempre, perfeccionábase en el estudio de la composición, en alegres y pintorescas escenas de la vida y de la actividad de cuartel, mostrando señaladas condiciones en el agrupamiento y en la distribución de los episodios, sin que la abundancia del detalle sacrificara la armonía del conjunto. Algunos de sus modelos tenían ya un aire de grandeza y de dignidad militar, y en sus ensayos históricos, tendía al efectismo de las grandes apoteosis.

Sus "Episodios Nacionales", pintados en claro-oscuro, fueron su primer paso hacia la revelación. Impresos en fototipía, el éxito de esta edición fué rápido y considerable, y en virtud de ello, popularizado su nombre. El ilustrador de historia quedaba aquí consagrado.

De la serie proyectada de estos "Episodios", que llegaría a doce, el pintor terminó solamente once, de los cuales se imprimieron, en 1898, los diez siguientes: "El Grito de Asencio", "Artigas en la Calera de las Huérfanas", "Combate de San José", "Batalla de Las Piedras", "Primer Sitio de Montevideo", "Éxodo del Pueblo Oriental", "Batalla del Cerrito", "Congreso del Año XIII", "Batalla del Rincón" y "La Escuadra de Brown frente a Montevideo". Del oncenno, "Los Orientales en Montevideo", publicamos aquí una reproducción.

Cumpliendo sus proyectos, que poco a poco veía realizados, abarcó más amplios horizontes, expresando en cinco grandes telas al óleo — ejecutadas por encargo de los veteranos de la guerra del Paraguay — los hechos de armas más culminantes de nuestro ejército, en aquella memorable y titánica lucha. "Yatay", "Estero Bellaco", "Tuyutí", "Bo-



SOLDADO DE INFANTERÍA.

querón" y "Lomas Valentinas", son cinco cuadros que afirman una reputación, y que, indiscutiblemente, llevan impreso el sello de una personalidad artística, imposible de no admirar; que si tiene sus grandes defectos evidentes, tiene también eminentes cualidades.

Injusto sería emitir un juicio absoluto, perentorio, tomando su obra en conjunto. Diógenes Héquet pintó con más amor y talento los tipos militares (1), los asuntos históricos y las escenas camperas, que los motivos pintorescos o los temas bíblicos. No obstante, en su "Jesús sobre las Aguas", — una de las telas de mayores proporciones que realizara, — las figuras expresan bien en sus fisonomías y en sus gestos, una interrogación misteriosa, velada de religioso sentimiento. Ninguno de los personajes, tiene aquí rol principal que le anime, pero se destacan y precisan netamente del ambiente marino que los circunda, tomando. — dentro de la homogeneidad de un colorido atenuadamente sombrío,—su valor natural. El dibujo tiende a ser severo, la composición está movida, aereada la perspectiva, y el empastamiento de las grandes masas resuelto con deliberada pesadez.

En otras telas, el concepto de la composición es el que prima sobre el dibujo y el colorido. Algunos paisajes suyos, entre los que hay notas de color local, de intensa y vibrante luz, son como ajenos al concepto del pintor, para el que fué siempre accesorio, cuando no nulo, el sentimiento de la naturaleza agreste. (2).

(1) En el Museo Nacional de Bellas Artes, se conserva un cuadro de este género, titulado, "Exploradores Sorprendidos".

(2) Conservo en mi taller, un hermoso paisaje al óleo, de pequeñas dimensiones, poético y luminoso apunte de la costa del Río San José, hecho en 1897, en el que se define bien, el juicio que, ecuanímente, emito.

Incontestablemente, Héquet, no fué un mágico del color. Los tonos bajos y las apagadas *nuances* de melancólicas esfumaduras, fueron características de su modalidad, — que a nadie es dado modificar — perdurando éstas por toda su existencia, como un reflejo, estereotipado, de la exaltada tristeza de su temperamento.

En arte, no representa nada un período de diez o quince años, en el cual el artista tantea, busca, vacila, tratando de orientarse en la ruta definitiva en que ha de culminar.

Diógenes Héquet, tuvo también su pasado artístico de ensayos y tanteos. Al citar su obra, fuerza es detenerse en mitad del camino de su gran ideal, porque a estas alturas un mal extraño minó su organismo, debilitando su mente. Hubo un retroceso y la muerte tronchó para siempre los laureles de sus triunfos, el 20 de Agosto de 1902.

Yo he puesto sobre su tumba una corona, porque, huérfano de todo estímulo y justicia, resumió en sus obras, sus esfuerzos y sus dolores.

ERNESTO LAROCHE.
